

Venecia

diálogo de la piedra y el mar

Pocos saben que Venecia se crea como un repliegue ante las invasiones bárbaras de los hunos de Atila, a modo de refugio humano en las islas de la gran Laguna. Allí, al borde del mar y en medio de la Laguna se construirán casas y palacios, catedrales y puentes, edificios empalados porque se sostienen sobre troncos de árboles cimentados en el suelo marino.

Venecia es como una gran enredadera tupida de mármoles policromados urdidos por un gótico orientalizante. Venecia evoca en su urdimbre acuática y vegetal el cabello bien cardado de una mujer fascinante: la Venus rubia y renacentista de Botticelli que emerge del mar sobre una concha marina, o bien la Venus guirnardada y modernista de Dante Gabriel Rossetti (*La Ghirlandata*).

Venecia es una mujer florida, revestida de velos transparentes y bordados coloristas que revelan un hechizo inatrapable. Venecia es una mujer oriental, bizantina, en tierra occidental y católica, la novia ataviada para un matrimonio tan deseado como imposible, la mujer lasciva y esquiva.

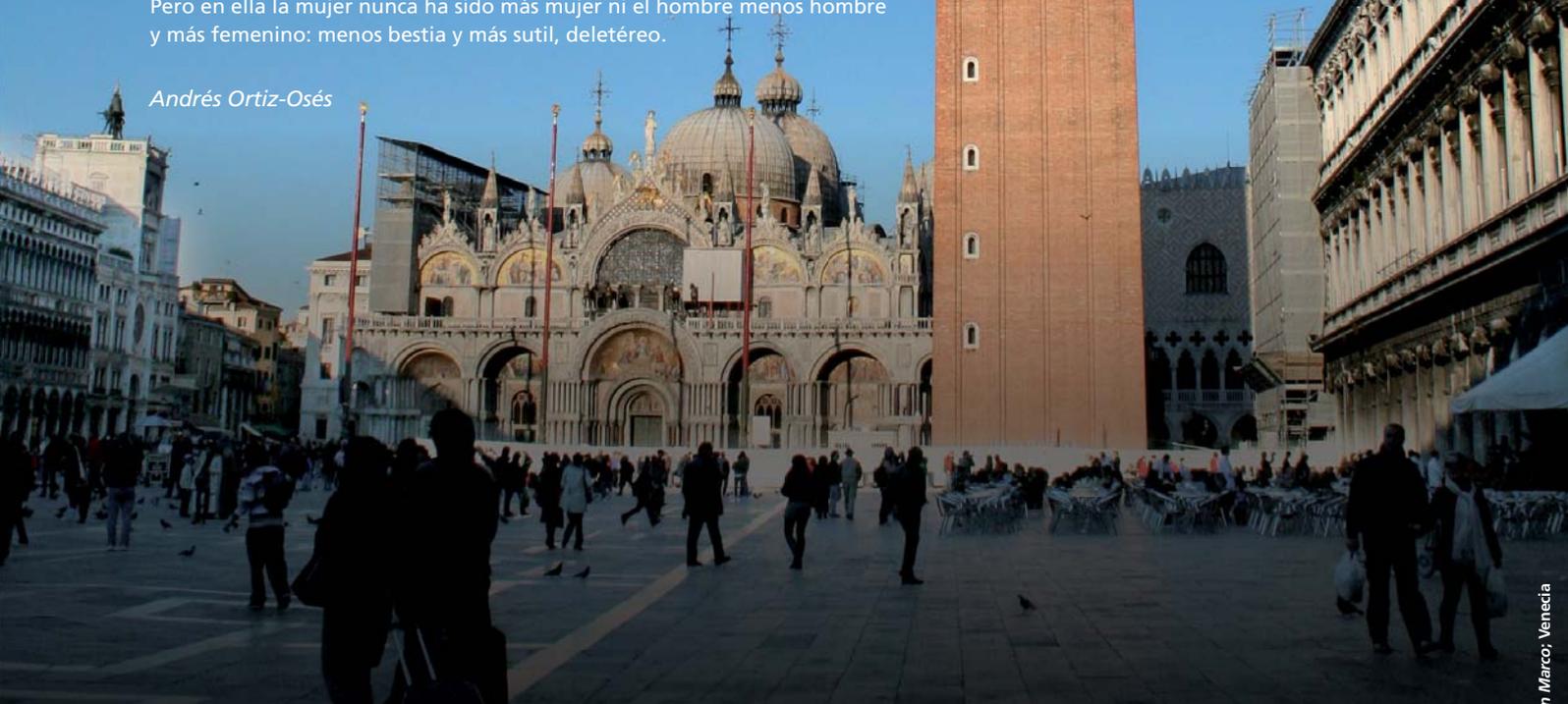
Pero Venecia no sólo es fémina sino femenina, lo que añade todo un componente o componenda de irisaciones, contraluces, guiños, siluetas y ornamentos. Fémina y femenina, Venecia se debate en un diálogo entre la piedra y el agua, el arte y la música, logos y eros.

Venecia dice erótica cultural, devaneo entre eros y logos, eros sublimado o articulado en logos y logos desublimado o diluido en eros. Por eso es posible en Venecia llorar de alegría y gozar de melancolía, porque es el archisímbolo del amor finito y contingente abierto al infinito, así como del amor infinito encarnado en finitud y contingencia. Por todo ello Venecia es *senso*, sentido sensual representado por ese gótico florido que deslumbra con sus filigranas arquitectónicas y relumbra con sus bordados desbordados.

En la Plaza de San Marcos el agua inunda sigilosamente, de tanto en tanto, la superficie tersa y luego la deja furtivamente: es el amor del agua blanda por la dura piedra, y el posterior embarazo embarazoso de la piedra seca por el agua salada. Ya dentro de la Catedral-Museo, mosaicos bizantinos florecen sobre un fondo de oro, mientras en el trasfondo se yergue rutilante el iconostasio coronado por una estatuaria policromada.

Todo se reúne en esta Plaza del mundo: lo sagrado y lo profano, el agua y la piedra, el turista y el gondolero, jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Pero en ella la mujer nunca ha sido más mujer ni el hombre menos hombre y más femenino: menos bestia y más sutil, deletéreo.

Andrés Ortiz-Osés



Este texto está tomado de la obra *Libro de símbolos* editado por la Universidad de Deusto y puede adquirirse en la librería de la Universidad y en la web <http://www.deusto-publicaciones.es>